

ESCRIBIR POLEMOLOGÍA EN ROMA

Writing Polomology in Rome

David PANIAGUA

Dpto. Filología Clásica-IEMYR

Universidad de Salamanca

E-mail: Dav_Paniagua@hotmail.com

Fecha recepción: 20-01-2010

Fecha de aceptación: 29-01-2010

RESUMEN: Una formulación ya clásica de Giuffrè afirma que “el ejército como fundamento principal del Imperio romano es un dato fuera de discusión”. Esta centralidad del ejército y de la dimensión militar también fue percibida como tal por los propios Romanos y prueba de ello fue la reflexión por escrito acerca de la *res militaris*, unas veces —las más— de tenor más práctico, otras más teórico. El continuo cultivo de esta materia constituyó un auténtico género literario con su propia tradición dentro de la literatura técnica. En lo sustancial esta tradición es poco conocida en sus detalles y apenas se ha ofrecido un cuadro panorámico y diacrónico de ella. Este el objeto de estas páginas, ofrecer un recorrido por los diferentes puntos que conforman la tradición polemográfica latina con una descripción de sus características más notables.

Palabras Clave: polemografía, Catón, Celso, Cincio, Frontino, Paterno, *De metatione castrorum*, *De rebus bellicis*, Vegetio, Modesto.

ABSTRACT: A classical statement by Giuffrè points out that “the army as the main foundation of Roman Empire is beyond discussion”. This centrality of the army and the military dimension in ancient Roman world was also perceived by the Romans themselves and a good proof of it can be found in the written reflections about the *res militaris*, most of times with prevalence of practical matters, but without omitting some remarkable theoretical aspects. The continuous cultivation of this subject-matter gave form to a proper literary subgenre with its own tradition within Latin technical literature. This literary tradition

is underservedly unknown and has received few attention from scholars. Therefore, the aim of these paper is to provide a complete diachronic profile of Latin polemography and an outline of its main features.

Keywords: polemography, Cato, Celsus, Cincius, Frothinus, Paternus, *De metatione castorum*, *De rebus bellicis*, Vegetius, Modestus.

“Polemología” es un término bastante en boga en los últimos años en el mundo académico, especialmente entre quienes cultivan ese floreciente campo de trabajo que está resultando ser la historiografía del fenómeno bélico, sobre todo en los embates de la corriente de estudio conocida como *New Military History*. En realidad, el término “polemología”, de evidente regusto griego, es una acuñación puesta en circulación, por el franco-tunecino Gaston Bouthoul en 1945, cuando fundó el que fue llamado *Institut Français de Polémologie pour l'étude scientifique des causes des guerres*. Poco después, en 1951, Bouthoul publicó su tratado *Les guerres. Elements de polémologie*, dando de este modo carta de naturaleza a un neologismo con el que se bautizaba una nueva aproximación de corte eminentemente sociológico al fenómeno de la guerra¹. Pero como suele suceder con la etiquetas que adquieren alguna notoriedad lo cierto es que desde muy pronto esta precisión específica se ha ido diluyendo y “polemología” se ha convertido en una forma moderna de denominar aquello que los romanos llamaban *ars* o *scientia rei militaris*². Dicho sea como explicación más que como justificación, semejante banalización del término al fin y al cabo lo único que hace es responder a la propia transparencia de la formación léxica: la ciencia o estudio (-logía) del elemento determinado en el compuesto (*polemos*). Por tanto, si aceptamos este uso de polemología como forma equivalente, en lo sustancial, al *ars* o *scientia rei militaris*, en ese mismo marco de referencia resultará lícito emplear el término paralelo “polemografía” para la escritura, la fijación por escrito, de contenidos relativos al *ars* o *scientia militaris*, y “polemógrafos” para quienes se dedican a cultivarla.

Pues bien, en Roma hubo polemógrafos. *Scriptores rei militaris* o *de re militari*, por emplear la denominación que tendieron a emplear los humanistas para referirse a estos polemógrafos, compusieron obras de temática específicamente relativa a la esfera militar en las que dejaron por escrito toda una serie de reflexiones, instrucciones, explicaciones o simplemente noticias pertinentes a dicho ámbito. Hubo también muchos otros escritores que dejaron noticia de cuestiones relativas al fenómeno militar pero en obras de naturaleza diferente a la específicamente polemológica: es decir, escritores que introdujeron elementos propios de la polemografía en obras dedicadas a otros argumentos. No podía ser de otro modo en una cultura en la que la dimensión militar ocupaba una posición central en la vida individual y comunitaria que

la hacía casi ineludible en cualquier reflexión sobre la cotidianeidad romana y sobre la que no es en absoluto necesario insistir aquí y ahora. Los historiógrafos romanos cultivaron un tipo de historiografía concentrada en el decurso histórico desde un punto de vista eminentemente político y militar y, por ello, resulta inevitable que la *res militaris* aparezca a cada paso en la lectura de sus obras. No sólo eso, de ellas procede mucha de la información más aprovechable que ha llegado hasta nosotros para conocer las particularidades de la guerra, de las instituciones militares, del armamento, de la estrategia, de la táctica y de muchos otros de sus componentes. El género biográfico, que relataba la experiencia vital de los personajes biografiados, tenía representado el componente militar en la misma medida en que éste había determinado la propia experiencia del individuo. Esto ligado además al hecho de que para alcanzar la condición de personalidad en el mundo antiguo, requisito para ser objeto de biografías, apenas había dos perfiles disponibles (con frecuencia entremezclados en tipos mixtos): la persona que había tenido éxito político y por tanto militar o, más raramente, la que había logrado los laureles de la gloria en el ámbito de la cultura en cualquiera de sus manifestaciones. También los gramáticos y los anticuarios mostraron mucho interés por la terminología militar y con frecuencia han conservado testimonios de enorme valor para nuestro conocimiento del lenguaje técnico militar. Ahora bien, todos esos textos (las reflexiones gramaticales de Varrón o Nonio Marcelo, las noticias militares biográficas, los pasajes militares de las monografías cesarianas, las descripciones bélicas y armamentísticas de Amiano Marcelino, las maniobras referidas por Tito Livio, los valiosos pasajes de Polibio acerca de la práctica militar romana —que por su importancia llegaron incluso a ser incorporados a las colecciones humanísticas de *Scriptores rei militaris* junto a los tratados propiamente militares—) quedan fuera del ámbito específico de la polemografía.

En el mundo romano la *res militaris*, la cuestión militar —llamémosla así—, se prestó a ser observada sustancialmente desde dos perspectivas diferentes que además focalizaban su interés en dos facetas distintas aunque complementarias del objeto de atención. La primera de ellas se centró en el aspecto formativo y preceptivo, es decir, en el *ars militaris* propiamente dicha, mientras que la segunda se centra en la *disciplina militaris*. Si el *ars militaris* consta de todos aquellos elementos precisos para que la acción militar tenga éxito a través del estudio y la instrucción de los fundamentos de estrategia, táctica, ingeniería bélica, adiestramiento y ejercitación, formación militar, higiene, construcción de las infraestructuras militares y demás cuestiones teórico-prácticas, la *disciplina militaris* por su parte, —muy vinculada en muchos aspectos al *mos maiorum*— consiste en primera instancia en la correcta ejecución de la órdenes impartidas por la autoridad pero también en la definición y consolidación de un código de comportamiento en la esfera militar que regula las relaciones entre los distintos miembros y jerarquías militares, las in-

fracciones y patrones de conducta no permitidos en esa esfera, y los méritos y premios que recompensan la actitud correcta en el ejercicio del deber militar. Ambas perspectivas cristalizan en la literatura de forma igualmente bipartita. Por un lado los escritos de *ars militaris*, de preceptiva militar, que son los que tradicionalmente han recibido la denominación de *scripta de re militari*, y por otro lado los de *disciplina militaris*, que por su propia naturaleza desde muy pronto estuvieron íntimamente ligados al ámbito de la jurisprudencia, y en particular al ámbito del *ius militare*: un *ius* que concierne a la esfera militar de manera paralela a como el *ius civile* concierne a la esfera ciudadana civil. Por esta situación, en el panorama cultural en línea de máxima la tarea de codificación, reflexión y desarrollo de la *disciplina militaris* recayó en los juristas: y, en efecto, todos los grandes juristas romanos se ocuparon en mayor o menor medida de la disciplina militar, desde Masurio Sabino hasta los cuatro estandartes del periodo dorado del derecho romano: Julio Paulo, Papiniano, Ulpiano y Modestino.

Sin embargo, a pesar de esta doble vertiente, los más antiguos cánones de autores latinos *de re militari*, los que proporcionan a finales del siglo IV, Vegetio en su *Epitoma rei militaris*, y en el siglo VI el bizantino Juan Lido en su tratado *Περὶ ἀρχῶν τῆς Ρωμαίων πολιτείας* sobre los magistrados romanos, aúnan representantes de ambas perspectivas aun cuando resulta apreciable el predominio de los cultivadores de la preceptiva militar.

Precisamente el más tardío de los dos, el de Juan Lido, puede resultar un buen punto de partida para la consideración crítica de la experiencia y la consolidación de una tradición literaria dedicada a la polemología. Para corroborar ciertas precisiones de terminología militar romana³ el escritor bizantino dice:

μάρτυρες Κέλσος τε καὶ Πάτερνος καὶ Κατιλίνας, οὐχ ὁ συνωμότης ἀλλ' ἕτερος, Κάτων <τε> πρὸ αὐτῶν ὁ πρῶτος καὶ Φροντῖνος, μεθ' οὗς καὶ Ρενάτος, Ρωμαῖοι πάντες.

son testigos Celso, Paterno y Catilina (no el conjurado sino otro), antes que ellos Catón y Frontino, y después de ellos Renato, escritores romanos todos ellos.

La curiosa estructura elegida por Juan Lido sitúa en posición inicial a Celso, Paterno y Catilina, y señala como precedentes a Catón y a Frontino. En efecto, Catón es el primer nombre que debe figurar en cualquier consideración de la literatura polemológica romana. En los últimos 20 años de su vida, después de una larga y celebrada carrera militar y sobre todo política, Catón encaminó su atención a la actividad literaria: recopiló por escrito los

discursos que había pronunciado durante su pasada actividad pública, compuso una obra etiológico-historiográfica, los *Origines* en 7 libros, en los que recogía por escrito en lengua latina la historia de Roma y de las *civitates* itálicas rompiendo la tradición en cierto modo consolidada de la Primera Analística (representada por Fabio Píctor o Cincio Alimento), que como es sabido proponía un relato en forma de *annales* de los acontecimientos históricos en lengua griega. Contemporáneamente, en esta misma horquilla cronológica que se abre de forma aproximada entre el 170 y el 150⁴, debió de componer Catón sus *Libri ad filium* o *Praecepta ad filium*, un manual enciclopédico de artes prácticas y funcionales, que transmitía una norma didáctica y moral para la formación completa del *optimus civis Romanus*. En este manual de instrucción Catón ofrecía una consideración didáctica de diferentes campos como la medicina, la agricultura, la retórica, la jurisprudencia y la ciencia militar; de todos ellos debía tener sólidos conocimientos el hombre romano cultivado. Los tres últimos, retórica, jurisprudencia y ciencia militar, le proporcionaban los rudimentos necesarios para el correcto desempeño de la actividad pública, pues el *cursus honorum* en una fase o en otra preveía la necesidad de conocer en cierta profundidad estos tres ámbitos. De la sección *de re militari* se han conservado apenas quince fragmentos de mínima entidad⁵. No obstante, su presencia ubicua en toda la tradición polemológica posterior da sobrada cuenta de su importancia no solo como pieza pionera sino incluso como referente normativo de vigencia duradera. A través de Vegecio sabemos que ponderó la enorme utilidad estratégica de un buen cuerpo de arqueros al servicio del ejército, dejó instrucciones acerca de la correcta disposición del ejército para realizar ciertas maniobras tácticas, y gracias a lexicógrafos como Varrón, Festo y Nonio Marcelo tenemos noticia de que también se ocupó de indagar en el origen y explicar la etimología y la función de diferentes instituciones y cargos militares. Asimismo se han conservado instrucciones específicas sobre la disposición táctica idónea para recoger el botín de guerra y algunas máximas y consejos generales acerca de la disciplina castrense y la maniobra militar. Pero que la instrucción militar formaba parte de la concepción general catoniana del *civis romanus* queda claro también por otros indicios. Resulta fuertemente significativo que en el proemio del tratado *De agricultura*, presumiblemente escrito hacia la época en que desempeñó la censura, esto es, hacia el 184 a.C., Catón indique que “de entre los hombres del campo salen soldados de extraordinario coraje y valentía” (*praef.* 4: “*at ex agricolis et viri fortissimi et milites strenuissimi gignuntur*”), una prescripción que seis siglos más tarde seguirá teniendo plena actualidad en el libro I de la *Epitoma rei militaris* de Vegecio, cuando éste somete a juicio si es preferible el reclutamiento de soldados procedentes del campo o de la ciudad. Lo cierto es que Catón introducía su preceptiva militar en el marco de un proyecto didáctico integral para la formación del *optimus civis Romanus*, puesto que la experiencia bélica en puestos de mando formaba parte del itinerario vital de un ciudadano

romano en el transcurso de su *cursus honorum* y la responsabilidad de realizar convenientemente esa gestión requería a ojos de Catón unos conocimientos claros y firmes sobre las instituciones militares y sobre los principios de la ciencia militar.

El canon de Juan Lido sitúa a Frontino emparejado con Catón en términos cronológicos frente a Celso y Catilina, pero esto no se ajusta a la realidad de los hechos. Como es sabido, Frontino fue cónsul en el año 74 por primera vez y luego en el 98 y en el 100 d.C. En cambio Celso, debe ser identificado sin duda con Cornelio Celso, autor de una obra enciclopédica titulada *Artes* y compuesta entre el año 14 a.C. y el 39 d.C.⁶ y por tanto escritor anterior a Frontino. Celso es un personaje desconocido, y la inexistencia de testimonios externos que reflejen una actividad pública o un *cursus honorum* en el periodo indicado invita a pensar que se trató de una figura alejada de la actividad política ciudadana. Si se descarta una proyección política, su producción escrita haría plausible pensar más bien en una actividad ligada a la cultura y a la educación⁷. Su obra, las *Artes*, fue fruto de un proyecto muy ambicioso que comprendía 5 libros *de agricultura*, 8 libros *de medicina*, en este orden, y a continuación en un orden que desconocemos, 7 libros *de rhetorica*, 6 libros *de philosophia*, y un número indeterminado de libros *de re militari* (y de forma menos probable una sección dedicada a la *iurisprudentia*). El propio Juan Lido transmite (3, 33) la paráfrasis de un pasaje de la obra militar de Celso (a la que se refiere como συγγραφή μονήρης, es decir, como *liber singularis*). No quiere esto decir necesariamente que Celso escribiera un único libro *de re militari*, sino que bien podía ser que la sección *de re militari* (compuesta originalmente por un número de libros que no nos es posible determinar dada la ausencia de datos al respecto) circulara en tiempos de Juan Lido como una unidad independiente de las *Artes*, de modo similar a lo que sucedió con la Medicina, la única parte de la obra de Celso que se ha conservado y que tuvo circulación independiente como pieza autónoma. En lo relativo al contenido de esa paráfrasis se puede indicar que Juan Lido refiere la opinión de Celso de que para vencer a los persas era preciso lanzar contra ellos un ataque por sorpresa ya que, a diferencia de lo que sucede con los romanos a partir de las reformas militares de Mario, los persas no disponen de un ejército siempre preparado para la contienda, sino que necesitan cierto tiempo para movilizar los efectivos y los recursos requeridos para el combate. Y algo que quizás resulte tan interesante como el propio contenido de la paráfrasis es el hecho de que el escritor bizantino recoja todavía en esta época alusión a esta prescripción de Celso, ya que el propio Lido había recibido de Justiniano el encargo de dejar constancia por escrito de su exitosa campaña militar con los persas. Además, la opinión de Celso, al que Lido denomina elocuentemente (Κέλσος ὁ Ῥωμαῖος τακτικός) aparece en el *Περὶ ἀρχῶν*, para dar apoyo a una opinión similar formulada en sus escritos por el emperador Constantino, de modo que Celso representa para

Juan Lido una *auctoritas* en la materia capaz de enarbolar por sí sólo un *argumentum auctoritatis*.

Lo más curioso de Celso es que, aun siendo una figura de relieve menor en el panorama literario latino, recibió encendidos elogios y reconocimiento constante en los diferentes ámbitos disciplinares que cultivó: para Columela⁸, Celso merece una posición destacada entre los tratadistas de agronomía de las últimas generaciones (además de ser acreedor del don de la *elegantia*); en los índices de las *Naturalis historia* de Plinio el Viejo⁹, Celso es una fuente bibliográfica recurrente para cuestiones médicas, botánicas y zoológicas; Quintiliano¹⁰ se toma la molestia y la preocupación de rebatir o apoyar preceptos retóricos formulados por Celso y lo sitúa en una lista de ilustres hombres de letras junto a Catón, Varrón y Cicerón, (aunque por debajo de ellos), y en la tradición polemográfica latina Celso aparece tanto en el canon de escritores presentado por Vegetio como en el de Juan Lido, asumiendo un carácter de autoridad libre de duda o discrepancia. Hasta Agustín de Hipona¹¹ lo cita para convenir con él en una definición suya del sumo bien y del sumo mal. Todo lo que podemos añadir es que, a la luz de los testimonios, Celso debió de ser una personalidad muy interesante y su obra representó un importante hito en la historia de la tradición epistemográfica latina en diferentes campos nocionales, polemografía incluida. Todo ello hace más lamentable si cabe la pérdida de su obra.

Fuera del canon, tanto del de Vegetio como del de Juan Lido, se encuentra otro escritor de quien sabemos que dedicó parte de sus estudios a la *res militaris*; se trata de Lucio Cincio, escritor interesado por el anticuariado romano cuya actividad parece que debe ser situada hacia finales del siglo I a.C., quizás coincidiendo con el fin de la República, a quien con frecuencia se confunde con Cincio Alimento. Aunque su obra apenas se ha conservado y esto siempre en forma de fragmentos, no obstante la tradición indirecta nos sirve para saber que compuso al menos 7 obras, de contenido anticuario, gramatical y legal. Entre ellas se encontraba una *de re militari* en al menos seis libros. Todo cuanto sabemos de ella se encuentra recogido en un capítulo de las *Noctes atticae* de Aulo Gelio (16, 4):

- el primer texto de Cincio citado por Gelio refiere el rito y la fórmula mediante la cual el sacerdote fecial declaraba oficialmente la guerra al enemigo de Roma,

- el segundo texto contiene la cláusula para prevenir el *furtum* entre los soldados que se incluía en el juramento militar que pronunciaban los reclutas, así como las excepciones que eximían al recluta de presentarse en la fecha indicada para pronunciar el juramento,

- el tercer texto de Cincio revela como complemento de lo anterior que si el recluta no tenía justificación para su ausencia en dicho día recibía automáticamente la condición de desertor,

- y, por último, el cuarto pasaje incluye una explicación sobre el nombre de las *alae* del ejército y una referencia al número legiones, manípulos y cohortes que conformaban una legión.

Precisamente este último pasaje resulta fundamental para caracterizar el interés de Cincio hacia la *res militaris*. Los tres primeros pasajes, procedentes respectivamente de los libros 3 (el texto 1) y 5 (los textos 2 y 3), están referidos a cuestiones vinculadas con el *ius militare* y por ello están en cierta consonancia con otras obras de Cincio de vocación jurisprudencial (de hecho Huschke incluyó los cuatro pasajes en su *Iurisprudentiae anteustinianae quae supersunt*). Sin embargo, el cuarto pasaje, que concierne a la composición del ejército, excluye la hipótesis de que Cincio hubiera alimentado un interés exclusivamente jurídico hacia la *res militaris*. Si de algo puede servir la contemplación de estos fragmentos en combinación con los de sus demás obras conservadas será para apoyar la idea de que Cincio, al igual que Varrón, Elio Estilón o Santra, tuvo una ardiente afición por estudiar las palabras y fue esa afición, gramatical diríamos, la que combinada con el interés jurisprudencial lo llevó a tratar la *res militaris* desde una perspectiva pluridisciplinal. En todo caso, es importante reseñar la opinión de Nap¹², para quien estos testimonios de Cincio tiene valor subsidiario en el estudio de la obra militar de Catón pues, según él, Cincio utiliza directamente material catoniano y en consecuencia se puede presumir que los textos de Cincio representan por vía indirecta una forma de transmisión de algunos pasajes de la propia obra catoniana.

En el canon de Juan Lido, Julio Frontino aparece emparejado con Catón como antecedente de Celso y Catilina pero tal condición ya hemos dicho que no es correcta, al menos en lo que se refiere a Celso. De Catilina, no el conjurado sino otro, como precisa pertinentemente Lido, nada sabemos, por lo que aquí figura como simple forma onomástica vacía de contenido y circunscrita cronológicamente a algún momento sin determinar entre el siglo I a.C. y finales del IV. Todo lo contrario sucede con Julio Frontino, una figura prominente en el escenario político y cultural del último tercio del siglo I d.C. Su extensa y bien documentada carrera política y el prestigio del que gozó entre sus contemporáneos nos proyectan una imagen nítida y bien precisa de su personalidad. Aquí no me detendré a repasar con detalle su *cur-sus honorum*, para eso están a disposición del interesado los estudios fundamentales de Werner Eck. De su faceta política apuntaré únicamente que desempeñó el consulado hasta en tres ocasiones, en el año 73, en el 98 y en el 100, las dos últimas como *collega* de Trajano, y que en su ascenso político pasó por importantes puestos de responsabilidad militar: probablemente es-

tuvo al frente de una legión en la *Germania inferior*, fue gobernador de *Britannia*, periodo en el que como narra Tácito¹³ dirigió con éxito una campaña militar para someter a los siluros, sobreponiéndose no sólo a la aguerrida bravura del enemigo sino también a las desventajas del terreno. Su pasión por las disciplinas ligadas a su actividad pública se materializó en forma de tratados y escritos de naturaleza técnica: en este sentido se entiende su composición de escritos agrimensorios, la del tratado a medio camino entre la ingeniería y la administración pública sobre la red de suministro de agua de Roma y su propia producción polemográfica. Que Frontino se identificaba y pretendía postularse como un nuevo Agripa asociado al Emperador como hombre de cultura es algo que queda bastante claro en la lectura de su obra *De aquaeductu urbis Romae*, y todas estas composiciones de naturaleza técnica respondieron a una visión de la cultura al servicio de la política y de la ciudadanía. En particular, del interés de Frontino por la materia militar conservamos un testimonio de primera mano, el de Eliano Tácito, quien en el prefacio de su *Τακτική θεωρία* (3) recuerda que mientras pasaba unos días en Formia, en la residencia de Frontino, a quien se refiere como “el insigne consular que se había granjeado gran fama por sus conocimientos militares”, lo encontró vivamente interesado por la preceptiva militar desarrollada por los tratadistas griegos¹:

παρὰ Φροντίνῳ τῷ ἐπισήμῳ ὑπατικῷ ἐν Φορμίαις ἡμέρας
τινὰς διέτριψα δόξαν ἀπενεγκαμένῳ περὶ τὴν ἐν τοῖς πολέμοις
ἐμπειρίαν, συμβαλὼν τ' ἀνδρὶ εὖρον οὐκ ἐλάττονα σπουδῆν
ἔχοντα εἰς τὴν παρὰ τοῖς Ἑλλήσι τεθεωρημένην μάθησιν.

El reconocimiento explícito de la competencia en materia militar de Frontino que muestra Eliano, el gran teórico de la polemología griega, nos invita a pensar que la producción polemográfica de Frontino más brillante se ha perdido. Y es que, en efecto, se ha conservado el tratado *Strategemata*¹⁵, compuesto durante el principado de Domiciano, en cuatro libros, (si bien la paternidad del cuarto es una *uexata quaestio*) en los que Frontino recopila estrategias, pero se ha perdido otro tratado *de re militari*, al que él mismo se refiere en el prefacio de los *Strategemata*:

*cum ad instruendam rei militaris scientiam unus ex numero studiosorum eius
acceperim eique destinato, quantum cura nostra ualuit, satisfacisse uisus sim, deberi adhuc
institutae arbitror operae ut sollertia ducum facta, quae a Graecis una στρατηγημάτων
appellatione comprehensa sunt, expeditis amplectar commentariis.*

De sus propias palabras se infiere que el tratado preceptivo de *scientia rei militaris* fue escrito con anterioridad a los *Strategemata* y si este dato se pone

en consonancia con la noticia de Eliano, parece posible conjeturar que el tratado perdido *de re militari* fue el que le valió a Frontino ese reconocimiento generalizado como conocedor de la materia, mientras que los *Strategemata*, para los que Frontino se habría interesado en la tradición polemográfica e historiográfica griega en busca de este tipo de recurso táctico como decía Eliano, en realidad habría sido casi un apéndice de curiosidades militares más que un texto con aspiraciones y vocación normativa. Parece confirmar este diferente carácter de los tratados el testimonio de un pasaje de Frontino citado por Juan Lido (3, 3) acerca de la disposición de los lugartenientes del general en la formación militar (*magister equitum* o prefecto del pretorio a su izquierda y pretores o legados a su derecha), que no tiene correspondencia en los *Strategemata* y que en efecto revela una naturaleza descriptivo-normativa que no tiene correlato en los *Strategemata*. Por consiguiente, todo apunta a que la obra más importante en cuanto a preceptiva militar se ha perdido y sólo el prontuario de estratagemas se ha conservado. En éste Frontino recopiló predominantemente de las fuentes historiográficas las estratagemas y las maniobras tácticas ingeniosas pergeñadas por los generales griegos y romanos y las reordenó en secciones temáticamente coherentes para facilitar una consulta específica de este tipo de contenidos en una obra orgánica. Frontino ofrece en el tratado una trabajada recopilación de episodios significativos de carácter militar con el propósito de ofrecer al lector una síntesis de los contenidos alambicados en una exposición sistemática y ordenados de acuerdo a una disposición práctica bajo epígrafes genéricos que describen el tipo de *exempla* reunidos, del tipo de: “sobre la huida de lugares desfavorables” (1, 5 *de evadendo locis difficillimis*), “sobre las emboscadas tendidas en el camino” (1, 6 *de insidiis in itinere factis*), “sobre la contención de rebeliones de los soldados” (1, 9 *de seditione militum compescenda*), “sobre la elección del momento oportuno para el combate” (2, 1 *de tempore ad pugnam eligendo*), “sobre la elección del lugar de combate” (2, 2 *de loco ad pugnam eligendo*), etc. La obra resultante es casi una antología de *exempla* militares de origen historiográfico y por tanto al carácter militar se le añaden ciertos matices de la literatura moralizante de base biográfico-histórica tan característicos de la propia historiografía clásica. En este mismo sentido, su aplicabilidad y su finalidad parece apuntar más a la lectura ociosa, formativa en alguna medida pero básicamente anecdótica, y por tanto alejada de la normativización.

En una fecha indeterminada entre la primera mitad del siglo II y mediados del III parece que fue compuesto el tratado conocido como *De metatione castrorum* o *De munitionibus castrorum* del pseudo-Higino¹⁶. Se trata de un tratado relativo a la disposición y construcción del campamento militar y a la distribución interna de los elementos que lo conforman. Se desconoce por completo el nombre del autor y la fórmula pseudo-Higino o incluso Higino con la que se asocia la obra, aunque tienen fundamento en la tradición manuscrita, responden en realidad a un error debido a la ubicación del tratado entre dos obras de Higino, el escritor de tratados de agrimensura. Es un

hecho curioso el que este tratado se haya conservado no en una colección de textos militares o polemológicos sino dentro del *Corpus Agrimensorum Romanorum*. Esto demuestra que en su inclusión en ese corpus se privilegió en él su carácter relativo a la ordenación y organización del territorio, aunque en este caso éste se circunscriba al recinto fortificado del campamento militar. Es un importante elemento común con los textos agrimensores la posición protagonista del *metator* que realiza su función de ordenación del espacio, pero no obstante merece la pena indicar que no estamos en ningún caso ante un tratado agrimensorio ni es asimilable a estos más que en secciones bien concretas de su exposición.

El tratado comienza con el anuncio de la explicación relativa al modo en que las cohortes deben montar sus tiendas. En esa frase inicial el autor indica que ya antes en el texto ha tratado acerca de las cohortes (“*nunc papi-lionum tensionem cohortium supra scriptarum ostendimus*”) lo que implica que o bien el texto ha perdido su comienzo, es decir, prefacio y capítulos iniciales, o bien, si asumimos que el libro comienza en ese punto esto implica que el texto ha perdido un libro precedente. Esto no sería improbable dado que en la compilación del *Corpus Agrimensorum Romanorum* la selección de libros sueltos de una obra orgánica prescindiendo del resto de la obra tiene paralelismo al menos en el caso del tratado de Nipso. La obra también concluye de forma un tanto abrupta, lo que ha motivado que algunos estudiosos postulen también la pérdida del final de la obra, si bien faltan indicios claros a este respecto. El tratado consta de 58 capítulos distribuidos en tres partes: la primera comprende los 21 primeros capítulos, que contienen las informaciones básicas acerca de la configuración del campamento (“*quae sunt necessaria*”), la segunda parte refiere la distribución de las tropas dentro del campamento y se extiende a lo largo de los capítulos 23 a 44, y en la última parte, de los capítulos 48 al 58, explica la *munitio castrorum*, con instrucciones específicas al respecto de *fossa, uallum, ceruoli, agger, circinatio angulorum et clauiculae, soli electio*, y, por último, las *iniquitates locorum*.

El tratado, a pesar de su importancia para el conocimiento de las “interioridades” del campamento romano, del que como reivindica el propio autor es un testimonio único en el panorama de la literatura latina, en lo sustancial sigue siendo una obra muy poco conocida y leída, incluso entre especialistas. El carácter técnico de sus contenidos y una terminología en ocasiones compleja no han contribuido a fomentar su lectura. Por eso quizás el comentario integral de la obra que prepara Grillone sirva para superar definitivamente algunas de las dificultades que plantea al lector este *De metatione castrorum*.

Paterno, es otro nombre compartido en el canon de Vegetio y en el de Juan Lido. Se trata de Tarrutenio, Tarrutieno o Taruttieno Paterno (el *praenomen* varía en las fuentes), *ab epistulis Latinis* de Marco Aurelio entre el año

171 y el 173 y, más tarde, ya en tiempos de Cómodo, prefecto del pretorio. Fue ejecutado en el 182 junto a Salvio Juliano, acusado de haber conjurado contra el emperador, como recuerdan Dion Casio (73, 5) y la *Historia Augusta* (*Comm.* 4, 8). Paterno se granjeó una sólida reputación como experto conocedor del *ius militare*, sobre el que escribió un tratado en cuatro libros que se ha perdido. Con todo, el testimonio de Vegecio, quien lo ensalza como “*diligentissimus iuris militaris assertor*”, su inclusión como autoridad jurisprudencial en el *Digesto*, y la permanencia de su nombre y su *auctoritas* en el canon de Juan Lido dan buena prueba del reconocimiento que recibió su trabajo y de su consolidación como fuente polemológica en la tradición latina. De su *de re militari* únicamente se han conservado dos pasajes incluidos en el *Digesto* (49, 16, 7 y 50, 6, 7), más un tercero enclaustrado en una cita de Macro, siempre en el *Digesto* (49, 16, 12). Un cuarto fragmento de su obra se encuentra, en forma de paráfrasis, en el *Περὶ ἀρχῶν* de Juan Lido (1, 9). Sus fragmentos, aunque exiguos, no carecen de interés:

En *Dig.* 49, 16, 7, Paterno explica que a los traidores que han desertado se les aplica la pena capital y a los que ejecutan la traición después de ser licenciados se les somete a tortura.

En *Dig.* 50, 6, 7, ofrece una exhaustiva lista del personal del ejército considerado *immunis*.

En *Dig.* 49, 16, 12, Macro cita a Paterno como testimonio de la disciplina del jefe del ejército, que deberá conceder pocos permisos y no deberá permitir que los soldados de caballería salgan de la provincia ni que se ausenten para cazar, pescar ni para atender ningún asunto privado.

Juan Lido reproduce un pasaje en el que Paterno explica el origen de los centuriones en clave legendaria, a partir del nombramiento de los *centuriones pedestrium ordinum* por parte de Rómulo.

Así pues, a partir de lo poco que se ha conservado se puede comprobar la variedad de tratamientos y la disparidad de perspectivas que acerca del ámbito militar aportaba el tratado de Paterno; un tratado que Juan Lido aún pudo consultar aunque no se puede determinar si de manera directa e integral o indirecta y parcial. En todo caso parece lícito afirmar que Paterno fue el jurista militar romano por antonomasia y aunque tenemos conocimiento de otros juristas que escribieron obras jurisprudenciales de cariz similar o asimilable, como los cuatro libros *de re militari* de Arrio Menandro, los dos libros de Macro, el *liber de poenis militum* de Paulo, o el *de castrensi peculio* del jurista Tertuliano, todos ellos citados en el *Digesto*, lo cierto es que ninguno alcanzó el renombre de Paterno fuera del ámbito estrictamente jurídico ni en particular en la tradición polemográfica latina.

Otro tratado de autoría indeterminada es el llamado anónimo *De rebus bellicis*, con el que nos situamos ya en los albores de la Antigüedad Tardía. Uno de los primeros en subrayar la importancia de este breve tratado para el estudio del periodo tardoantiguo fue Santo Mazzarino y no por casualidad a uno de sus más destacados discípulos, Andrea Giardina, debemos el mejor comentario de la obra, además de un bien establecido texto crítico¹⁷. Ahora bien, la verdadera naturaleza de este tratado ha suscitado multitud de pronunciamientos divergentes: en los polos opuestos se sitúan la valoración de Otto Seeck, aún a finales de XIX, que consideraba al autor de este escrito un “inventor loco”, y la del propio Mazzarino que lo estimaba artífice de “un serio trabajo de ingeniería militar”. De la naturaleza de la obra se debe decir, en primer lugar, que es un producto poco convencional, pero no tanto porque se mezclen en ella elementos más propios del panfleto por sus continuas observaciones sobre política económica y administrativa (este ingrediente al fin y al cabo está presente en mayor o menor dosis en las obras de transmisión de conocimiento desde tiempos de Catón). El elemento que en mayor medida provoca la extrañeza del estudioso es, por un lado, su completa desvinculación de la tradición conocida y, por otro, su propio contenido que, una de dos, o tiene carencias básicas en su exposición doctrinal o bien representa, como ha afirmado recientemente Liebeschuetz¹⁸, una parodia retórica llena de invenciones y fabulaciones poco serias con una finalidad no militar sino política. La hipótesis dominante plantea como cronología de la obra la horquilla que se abre entre el 366 y el 369 e identifica como dedicatarios de la obra a Valente y a Valentiniano. Y en cuanto al ámbito del Imperio en que fue escrita, los datos son en cierto modo también contradictorios: la tradición manuscrita de la obra es completa y exclusivamente occidental, pues se ha transmitido junto a la *Notitia Dignitatum* en el mismo código misceláneo, y, sin embargo, a tenor de las alusiones geográficas los indicios parecen apuntar a una ambiente oriental; a favor de esta hipótesis se alinean Alan Cameron¹⁹ y Liebeschuetz que postulan una conexión ideológica muy estrecha entre el tratado y los discursos de Temistio y por ello lo localizan en Constantinopla. Así pues, como se ve ya desde las primeras líneas del esbozo, se trata de una obra de muchas lecturas a menudo excluyentes entre sí. Pero dejemos de lado las lecturas y pasemos a lo objetivo, a la escritura. El tratado comienza poniendo de relieve la necesidad de encontrar una solución a la crisis económica que acucia al Estado mediante una reducción del gasto público. Para ello propone un reajuste a la baja, como se dice en la jerga política, de las *largitiones*, es decir, de los donativos públicos, indaga en las causas que desencadenaron el derroche y la avaricia entre los ciudadanos, refiere los fraudes monetarios y el modo de erradicarlos, apunta a la corrupción de los gobernadores provinciales como factor básico en la desviación de la recaudación de impuestos y termina llegando a un punto central para aliviar las crisis económica, esto es, la necesidad de reducir los gastos en materia militar, a la vez que apunta

la exigencia de cambiar el modo de combatir contra los pueblos que acechan el Imperio. Para ello propone una serie de ingenios militares, de los que procura también las debidas ilustraciones con el fin de facilitar su comprensión y, en segundo término, el modo en que deben ser construidas. Es decir, propone una serie de innovaciones tecnológicas aplicadas al armamento y a la logística militar con el doble objeto de, por una parte, ahorrar costos reduciendo el número de soldados necesarios, y por otra, obtener resultados contra pueblos que se están mostrando inmunes a los sistemas de combate tradicionales del ejército romano. En ese punto comienza el catálogo de ingenios militares: un carro armado conformado por una ballesta armada sobre cuatro ruedas, una máquina para escalar muros, un escudo remachado de mayor resistencia, un tipo de dardo plumado que se arroja con la mano y tiene el efecto de las flechas, el carro falcado con guadañas en los laterales de uso individual o acorazado con escudos, un peto que se ajusta bajo la armadura para que los soldados no se lesionen con la fricción durante el combate, un puente sostenido sobre odres inflados, y por tanto portátil y desmontable, un tipo novedoso de liburna, y finalmente la ballesta *fulminalis*, de mayor alcance y potencia que las convencionales. A esto añade algunas prescripciones de tipo táctico aplicadas al ejército y la conveniencia de levantar un muro en las fronteras del Imperio, construido a expensas de los propietarios de los terrenos, para aislar al enemigo y dificultarle la entrada en territorio del Imperio.

Como se puede comprobar a simple vista, estamos ante un tratado en el que la brevedad no supone un impedimento para que sus contenidos sean en ocasiones densos y sugerentes, sobre todo desde una perspectiva actual. Lo que es cierto en cualquier caso, sea un tratado serio, sea un parodia de ciencia ficción (en sentido etimológico, como ficción tecnológica), sea un panfleto político, el tratado *De rebus bellicis* contiene muchas reflexiones acerca del mundo militar romano que están bien fundadas. Los problemas señalados desde luego existían y tenían el carácter que el autor les atribuye y las exposiciones, aunque ciertamente adquieren un tono fabulatorio, tienen un fundamento siempre firme en elementos conocidos del sistema militar antiguo, desde los carros falcados a las *plumbatae*, pasando por la *liburnae* o los diferentes tipos de *ballistae*. Otra cuestión será la finalidad real de la obra, si es un panfleto de ocasión delimitado a una situación concreta o no, el tipo de lector previsto por su autor y su posición en el espacio cultural de su época, pero la consideración de estos aspectos nos llevaría lejos del propósito de estas páginas.

La tradición polemográfica latina alcanza su término con el único tratadista del que se conserva una obra completa de naturaleza específicamente preceptiva: Flavio Vegecio Renato. Su *Epitoma rei militaris*²⁰ está dedicada a un emperador cuyo nombre no se menciona pero que con toda probabilidad

debe ser identificado con Teodosio. En un principio, Vegetio, una personalidad del círculo imperial, había escrito un libro acerca del reclutamiento de soldados para el ejército y lo había hecho llegar a manos del emperador. Éste encontró de su agrado la obra y animó a Vegetio a ampliar el objeto de su obra abarcando todas las cuestiones relativas al ejército. Fruto de esta sugerencia fueron los cuatro libros que integran la *Epitoma*; el primero, que se corresponde *grosso modo* con el libro que inicialmente envió a Teodosio, trata acerca del reclutamiento de soldados, los criterios que deben primar en su elección, y los elementos que constituyen su adiestramiento básico. El segundo libro ahonda en los principios y fundamentos de la legión y en la instrucción de los soldados. El libro tercero se concentra en los procedimientos de combate en tierra firme, en la estrategia y en la táctica. Y, por último, el cuarto consta de dos partes bien diferenciadas: la primera de ellas enumera y detalla el funcionamiento de las máquinas de guerra que constituyen el arsenal militar del ejército romano; la segunda parte está dedicada íntegramente a la guerra naval, con detalles acerca de la flota romana, la construcción de los barcos y algunos principios básicos sobre el arte de la navegación.

El propio Vegetio ofrece en su obra un elenco de los autores que le han servido de fuente, que es el texto al que nos hemos referido como canon: está conformado por Catón, Celso, Frontino y Paterno, más las *constitutiones* militares de Augusto, de Trajano y de Adriano, es decir, las prescripciones y disposiciones en materia militar, por lo general relativas a aspectos puntuales y concretos (no formulaciones sistemáticas) dictadas por los emperadores mencionados. Por esta razón, Vegetio en cierto modo es percibido como el depositario de toda una tradición que ha perdido prácticamente toda huella de sus manifestaciones conocidas. En este sentido no es extraño que Vegetio fuera objeto durante mucho tiempo de la más intensa *Quellenforschung*, la búsqueda de las fuentes en la obra vegeciana para identificar y restaurar a partir de ella la pérdida de los textos de Catón, Celso, Frontino y Paterno. La *auctoritas* de Vegetio, formada a partir de la *auctoritas* de los baluartes de la tradición polemográfica romana, lo lleva a una posición de preeminencia como polemógrafo. Sobre todo a partir de época carolingia su obra será leída, apreciada y citada por los hombres de cultura de todo el Occidente europeo: le servirá a Alcuino como modelo de estilo en el prefacio de su *De fide Sanctae Trinitatis*, Freculfo de Lisieux editará la obra para ofrecérsela al rey franco Carlos el Calvo, Rabano Mauro preparará una versión reducida de la obra para dedicársela a Lotario II, y Hartgardo, obispo de Lieja, le enviará una copia de la obra a Eberhardo, margrave de Friuli y yerno de Ludovico Pío. Y también, en el otro extremo, del antiguo Imperio, en Bizancio, los polemógrafos bizantinos habrían de prolongar su fortuna utilizando la obra vegeciana: primero el emperador Mauricio I en su *Στρατηγικόν* y casi tres siglos más tarde, a través del anterior, el emperador León VI el Sabio en sus *Τακτικά*. En los siglos sucesivos la fortuna de Vegetio iría siempre *in crescendo* siempre

ligada a su fortuna en las cortes europeas. Precisamente el interés que despertaba la obra entre soberanos, aristócratas, hombres de armas y demás personajes influyentes sin la formación necesaria para leer la *Epitoma rei militaris* en latín desencadenó la aparición y proliferación de traducciones de la obra a las principales lenguas vernáculas europeas desde época muy temprana, siendo una de las primeras obras clásicas en experimentar la transición del latín al romance. Para entonces Vegetio ya había adquirido el firme y sólido estatuto de clásico de la literatura polemográfica antigua.

A modo de nota en apéndice resulta oportuno añadir unas líneas sobre quiénes no cultivaron la polemografía en Roma. Esta consideración tiene fundamentalmente carácter preventivo, como veremos a continuación, pero pueden resultar tan importantes como las dedicadas a quienes sí cultivaron la polemografía en Roma.

Cualquier persona interesada en los escritores clásicos *de re militari* que hojee los volúmenes de *Scriptores rei militaris* impresos en los siglos XVI o XVII encontrará junto a los autores y las obras que hemos mencionado en este recorrido panorámico un nombre recurrente, *Modestus*. La obra que figura bajo su nombre lleva por título *Libellus de uocabulis rei militaris* y aparece dedicado al emperador Tácito (275-276). A pesar de algunas incertidumbres al respecto, ya Modius (de Maulde) en su edición de los *scriptores rei militaris* del año 1580 declaraba que Modesto “*omnia ad uerbum transcripsit ex Vegetio ne littera quidem usquam de suo addita*”. Y es que, en efecto, este *libellus* resulta ser en realidad un zurcido de *excerpta* de la *Epitoma* de Vegetio, sobre todo del libro II, con algunas mínimas modificaciones y añadidos. El estudio de la tradición manuscrita de este *libellus* realizado por M. Reeve²¹ ha revelado que *Modestus* aparece como autor sólo en un manuscrito, siendo Cicerón y Catón quienes aparecen como autores en el resto de la misma tradición. Esto explica que Petrarca en su famosa *epistula* a Cicerón (*fam.* 24, 4) lamentara la pérdida de la *Res militaris* ciceroniana²². En cuanto a la atribución de la obra a este desconocido Modesto, Reeve ha demostrado que el manuscrito que presenta la atribución en realidad depende de ediciones incunables, por lo que su valor probatorio como testimonio en la tradición queda limitada al mínimo. La hipótesis que goza de mayor aceptación acerca de la forma *Modestus* es que fuera un nombre urdido por Pomponio Leto o por alguien de su círculo, aunque no se ha encontrado motivo para la elección de ese nombre en concreto. Lo que sí parece claro es que no tiene ningún fundamento ni hay sustento en la tradición que apoye su conservación²³. En cuanto a la colección de *excerpta* en sí misma, poco tiene de especial, más allá de su valor como testimonio de una práctica a la que estaban sujetas los textos clásicos de contenido preceptivo. Sabemos que la obra de Vegetio fue objeto de incontables copias íntegras y parciales desde época carolingia hasta la invención de la imprenta, y como ya he indicado anteriormente tenemos noticia de que, sin ir

más lejos, Rabano Mauro preparó una versión abreviada de la obra, titulada *de procinctu militiae Romanae*, para enviársela a Lotario II. En ella predominaban contenidos tomados de los libros I y II y sirvió al propósito de dar a conocer y popularizar la obra vegeciana en Alemania. También en esa época podría haber sido realizada la compilación de extractos de la *Epitoma* que dio forma a este texto al que por comodidad nos referimos como *libellus*. Al menos en este sentido van los resultados de la indagación de las correspondencias entre la tradición manuscrita de la *Epitoma* de Vegetio y la de este *libellus* realizada por Reeve en el citado trabajo.

Así pues, ni Cicerón escribió el tratado *de re militari* que Petrarca lamentaba como pérdida ni tampoco lo escribió un Modesto que no es más que una invención artificiosa nacida en el círculo de Pomponio Leto.

En esta rápida exposición (más extensiva que intensiva) han quedado marcados los hitos fundamentales de la polemografía latina desde sus orígenes catonianos hasta la Antigüedad Tardía. Algunas pinceladas permiten incluso vislumbrar algunas características de su fortuna posterior. El mapa trazado se compone a menudo de noticias fragmentarias o de alusiones poco generosas en detalles, pero la propia conciencia de tradición cultural y literaria permite imbricar todos estos elementos hasta dotarlos de una lógica interna que viene a configurar una imagen que no es completa pero que permite, a partir de los detalles particulares, esbozar las líneas maestras de un diseño cultural bastante bien definido. Toda aproximación a la polemografía latina debe bascular a partir de los puntos de apoyo identificados y su estudio integral y armónico ha de contribuir a reconstruir el pensamiento polemológico latino a través de las manifestaciones literarias que conformaron la tradición polemográfica. Los textos, íntegros o fragmentados, conservan el testimonio de una parte de los implicados en la conceptualización de la *res militaris* en el mundo romano y aunque reflejen solamente una de las perspectivas sobre la materia, lo cierto es que vale la pena conocerla y verla cambiar con el propio transcurrir de los tiempos.

NOTAS

¹ Este tratado se reeditaría en 1970 con un prefacio propio y con el título de *Traité de Polémologie*, reimpreso de nuevo en 1991. De Bouthoul es la proclama “si tu veux la paix, connais la guerre” (*Traité de Polémologie*, Paris: Payet, 1951, p. 4) fácilmente identificable como variación sutil sobre el falso clásico “*si uis pacem, para bellum*” atribuido a Vegetio (que por otro lado no aparece como tal en la obra de este autor latino).

² Cf. al menos, G. Traina, “Polemologia”, en C. Santini (dir.), *Letteratura scientifica e tecnica di Grecia e Roma*, Roma, 2002, pp. 425-444; P. Cartledge, *Spartan Reflections*, Berkeley-Los Angeles, 2001, p. 154; A. Scarcella, “La polémologie des Romains”, en M.-F. Baslez, Ph. Hoffmann,

M. Trédé (eds.), *Le Monde du Roman Grec. Actes du colloque international tenu à l'École normale supérieure (Paris 17 - 19 décembre 1987)*, Paris, 1992, pp. 63-74; L. Poznanski, "La polémologie pragmatique de Polybe", *JS* 92, 1994, pp. 19-74.

³ Se trata de una disquisición acerca del término *adoratores* como forma equivalente de *emeriti* y su relación con *adorea*, en *Περὶ ἀρχῶν* 1, 47 (R. Wuensch, *Lydy De magistratibus*, Leipzig, 1903).

⁴ F. della Corte, *Enciclopedia Latini*, Genova, 1946, p. 21.

⁵ Todos ellos reunidos en H. Jordan, *M. Catonis praeter librum de re rustica quae extant*, Leipzig, 1860, pp. 80-82.

⁶ D. R. Langslow, *Medical Latin in the Roman Empire*, Oxford, 2000, p. 44.

⁷ Esto está en consonancia con el afán que Quintiliano (*inst.* 12, 11, 24) le atribuye de mostrar con su obra una vasta cultura en los diferentes ámbitos: "*Cornelius Celsus... non solum de his omnibus conscripserit artibus, sed amplius rei militaris et rusticae et medicinae praecepta reliquerit, dignus nel ipso proposito, ut eum scisse omnia illa credamus*".

⁸ COL. 1, 1, 14: "*Non minorem tamen laudem meruerunt nostrorum temporum uiri Cornelius Celsus et Iulius Atticus, quippe Cornelius totum corpus disciplinae quinque libris complexus est*"; 9, 2: "*Venio nunc ad aliorum curam, de quibus neque diligentius quicquam praecipere potest quam ab Hygino iam dictum est, nec ornatus quam Vergilio, nec elegantius quam Celso*".

⁹ Citado en los índices del libro 1 como fuente para los libros 7, 8, 10, 11, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29 y 31.

¹⁰ Acerca de la función de la retórica (QVINT. *inst.* 2, 15, 22), sobre el orador (2, 15, 32; 3, 5, 3), la teoría de los *status* (3, 6, 13; 3, 6, 38), el *argumentum* (5, 10, 10), el neologismo (8, 3, 35), la doctrina de las figuras (9, 1, 18; 9, 2, 101-105), la *sustentatio* (9, 2, 22), el *numerus* (9, 4, 132), la *compositio* (9, 4, 137), y formando parte de la lista de hombres ilustres romanos en *inst.* 12, 11, 23-24: "*Marcus igitur Cato, idem summus imperator, idem sapiens, idem orator, idem historiae conditor, idem iuris, idem rerum rusticarum peritissimus [fuit] inter tot operas militiae, tantas domi contentiones rudi saeculo litteras Graecas aetate iam declinata didicit, ut esset hominibus documento, ea quoque percipi posse, quae senes concupissent. 24 quam multa, paene omnia tradidit Varro! quod instrumentum dicendi M. Tullio defuit? quid plura? cum etiam Cornelius Celsus, mediocri uir ingenio, non solum de his omnibus conscripserit artibus, sed amplius rei militaris et rusticae et medicinae praecepta reliquerit, dignus nel ipso proposito, ut eum scisse omnia illa credamus*".

¹¹ AVG. *Solil.* 1, 12, 21: "*cogor interdum Cornelio Celso assentiri qui ait summum bonum esse sapientiam, summum autem malum dolorem corporis. nec eius ratio mihi uidetur absurda. nam quoniam duabus, inquit, partibus compositi sumus, ex animo scilicet et corpore, quarum prior melior, deterius corpus est, summum bonum est melioris partis optimum, summum malum autem pessimum deterioris: est autem optimum in animo sapientia, est in corpore pessimum dolor*".

¹² J. M. Nap, "Ad Catonis librum de re militari", *Mnemosyne* 55, 1927, pp. 79-87.

¹³ TAC. *Agr.* 17, 2: "*subiit sustinuitque molem Iulius Frontinus, uir magnus, quantum licebat, ualidamque*

et pugnacem Silurum gentem armis subegit, super uirtutem hostium locorum quoque difficultates eluctatus".

¹⁴ H. Köchly, W. Rüstow, *Griechische Kriegsschriftsteller, II.2, Asclepiodotos, Aelianus*, Osnabrück, 1969 (1853-1855).

¹⁵ La edición de referencia es R. Ireland, *Iulius Frontinus, Strategemata*, Leipzig, 1990.

¹⁶ Las ediciones de referencia son A. Grillone, *Hyginus, De metatione castrorum*, Leipzig, 1977, y M. Lenoir, *Pseudo-Hygin. Des fortifications du camp*, Paris, 1979.

¹⁷ Las ediciones críticas de referencia son la mencionada A. Giardina, *Anonimo, Le cose della guerra*, Milano, 1989, y E. A. Thompson, *A Roman reformer and inventor*, Oxford, 1952.

¹⁸ J. H. W. G. Liebeschuetz, "Realism and Phantasy: The Anonymous *De Rebus Bellicis* and Its Afterlife", J. H. W. G. Liebeschuetz, *Decline and Change in Late Antiquity: Religion, Barbarians and their Historiography*, Aldershot, 2006, pp. 119-139.

¹⁹ A. Cameron, "The date of the *De rebus bellicis*", en M. W. C. Hassall (ed.), *De rebus bellicis. Part I: Aspects of the De rebus bellicis: Papers presented to Professor E. A. Thompson*, Oxford, 1979, pp. 1.7,

²⁰ La edición de referencia es M. D. Reeve, *Vegetius, Epitoma rei militaris*, Oxford, 2004.

²¹ M. D. Reeve, "Modestus, scriptor rei militaris", en P. Lardet (ed.), *La tradition vive. Mélanges d'histoire des textes en l'honneur de Louis Holtz*, Turnhout, 2003, pp. 417-432.

²² Reeve identifica otras dos referencias al tratado militar de Cicerón en el siglo XIV, cf. *op. cit.*, p. 426.

²³ Esto hace aconsejable abandonar de forma perentoria e inmediata la costumbre, aún activa entre algunos estudiosos en trabajos recientes, de referirse a Modesto como autor *de re militari*.